

Premio Linguapax 2015

Xavier Albó, CIPCA, 17 de septiembre de 2015

Recorriendo aspectos claves de mi currículum, en esta breve presentación. Iré mostrando, con frecuencia en torno a algunas anécdotas, cómo fueron tomando cuerpo algunos rasgos de mi formación e intereses.

Infancia y adolescencia.

El hecho de haber nacido catalán poco antes de la guerra civil española y haber crecido en la larga dictadura de Franco, que quería imponer un estilo español centralista, sin duda ya me predispuso a buscar los derechos, incluidos los lingüísticos y culturales, de otros grupos oprimidos y marginados.

De niño, durante la guerra civil, estando cerradas las escuelas, aprendí a leer y escribir, siendo el cuarto de una zampoña de tres hermanas mayores y mi hermano menor, en mi propia casa teniendo como profesora a nuestra propia madre, cuyo esposo fue asesinado cuando la mayor tenía apenas ocho años, yo un año y medio y mi hermano menos apenas cuatro meses. Nuestro texto fundamental de aprendizaje fue *El Patufet*, un célebre semanario catalán que desapareció con la guerra y que, en casa, lo teníamos todo encuadernado. Cuando en 1939 acabó la guerra, caí gravemente enfermo y me quedé cuatro meses en cama. Recuerdo que se había prohibido todo lo catalán y mi madre emocionada puso un día la radio a todo volumen porque estaban retransmitiendo el *Violai*, el himno de la Virgen de Montserrat, para que yo también pudiera oírlo.

Ya en el colegio de San Ignacio de los jesuitas, en que fui becado por ser hijo de padre asesinado, se notaba también esa tensión entre las imposiciones desde el Estado y la lengua y cultura catalana reprimida. En las “horas cívicas”, por ejemplo, debíamos cantar el “Cara al sol” y otros himnos de la Falange, lo que varios tomábamos a broma. Mi hermano y yo fuimos parte del movimiento escolta (scout) que, en el contexto local de entonces, quería decir catalanista en contraposición a las “flechas y pelayos” fomentados desde la Dictadura.

Vuelta a nacer en Bolivia

Concluido el bachillerato decidí hacerme jesuita. Lo hice a fines de septiembre de 1951 en Veruela (Zaragoza). Apenas cuatro meses después ya fui destinado a Bolivia a donde finalmente viajé, junto con otros nueve, en julio del 1952 para fundar ahí un noviciado en Cochabamba. En pleno viaje en barco, el día que cruzábamos el Ecuador, llegó la noticia de la muerte de “Santa Evita” Perón y fuimos nosotros los que celebramos su funeral en la capilla de la nave.

El 9 de abril (cuando yo ya estaba destinado a Bolivia pero aún no había llegado) había ocurrido en Bolivia la célebre Revolución Nacional que dio lugar al llamado Estado del 52, que en los años siguientes transformó el país, después de haber perdido una tercera porción muy notable de su territorio en la guerra del Chaco (1932-36); la dos perdidas anteriores habían ocurrido en 1879 con la derrota contra Chile, que nos arrebató el Litoral e importantes recursos minerales, y 1899, con la pérdida del Acre en la Amazonía. El país, como yo mismo, volvíamos a nacer.

Desde el nuevo noviciado, se dio alta prioridad al aprendizaje del quechua, la principal lengua indígena de Cochabamba, a la que dedicábamos al menos un hora diaria y, algunos de nosotros, bastante más. Se consideraba que, con la lengua, se abría una puerta fundamental para aprender después mucho más sobre aquella cultura andina. Dos años antes, el Censo de 1950 (el segundo del país) ya había mostrado que en Bolivia un 70% de la población seguía viviendo en el campo, y la mayoría se identificaba como indígena (ver censo 1950 infra).

Descubrimos rápidamente, simplificando mucho, que había dos Bolivias muy distintas y con frecuencia polarizadas, las que recién empezaban a articularse más formalmente gracias a aquella Revolución del 9 de abril: la minoría urbana, criolla y de habla castellana, por un lado, y las mayorías rurales e indígenas por el otro, aunque en aquellos años de la revolución ya se los empezó a llamar sólo “campesinos” en un primer intento de eliminar todo lo que pudiera oler a racismo. Con la lengua, nos queríamos acercar claramente a la segunda.

Algunos de nosotros tomamos aquel trabajo de aprender la lengua quechua con gran entusiasmo e incluso -bajo la batuta lingüística del chuquisaqueño Jorge Urioste, uno de los nuevos jesuitas bolivianos, y la académica de nuestro profesor Joaquín Herrero, llegado también de España- nos lanzamos incluso a elaborar y publicar una gramática y diccionario (Urioste y Herrero 1955a, b). Mi principal tarea entonces había sido poner en limpio las intuiciones sobre todo de Jorge Urioste antes de pasarlas al sistematizador Joaquín Herrero, que era además nuestro profesor de latín y griego.

Por aquellos años no sabíamos aún que en París Paul Rivet y George Créqui de Monfort ya estaban ultimando su voluminosa *Bibliographie* en cuatro gruesos volúmenes sobre las lenguas *kićua et aimara* (1955). A modo de curiosidad estadística, en los índices

finales del cuarto último volumen la palabra “quechua” aparece escrita de 83 maneras distintas...

Estos años vieron también la ampliación del voto a toda la población, incluidas las mujeres y los analfabetos (derecho reconocido en 1953 pero implementado recién en 1956); la Nacionalización de las minas (octubre 1952), la Reforma Agraria (agosto 1953), con el apoyo político de la masiva la organización política de sindicatos campesinos, muy asociados al partido gobernante MNR; la Reforma Educativa, con una gran proliferación de escuelas rurales castellanizantes, etc. Todo el país volvía a renacer. Recuerdo muy bien que, recién llegados en agosto de 1952, nuestro primer paseo fue para ir a la hacienda de Las Eras, cerca de Punata, de la familia Baptista / Morales, cuyo hijo (y nieto directo del presidente Mariano Baptista) Javier –un excelente quechuista pero políticamente poco afín a los nuevos cambios- había entrado al noviciado tras nuestra llegada. En el campo esa y otras haciendas seguían todavía como antes del 9 de abril, con sus pongos y demás servidumbre quechua, con bellos jardines, llenos de olorosas flores...

Ecuador, 1955-58

Varios de nosotros continuamos después a fines de 1954 nuestros estudios en Quito, Ecuador, a donde viajamos por tren, barco y autobús. En ese país no se habían dado aún cambios como los que estaban ocurriendo en Bolivia, por lo que nosotros nos sentíamos muy orgullosos de ser bolivianos. Allí seguían en todo su vigor las haciendas, con sus huasipungos y otras instituciones de tipo feudal. Estuve cuatro años en ese país, para completar los estudios de humanidades y filosofía, la que concluí con un doctorado con una tesis sobre el principal marxista del país, Manuel Agustín Aguirre.

En aquel filosofado acudían por entonces estudiantes jesuitas de muchos otros países latinoamericanos, desde México y las Antillas hasta Bolivia y el Perú, atraídos entre otros por el extraordinario humanista P. Aurelio Espinoza Pólit, que nos abrió las puertas a la literatura clásica griega y latina. El P. Aurelio había montado también la llamada Biblioteca Ecuatoriana que por entonces cobijaba todavía la ambición de llegar a cubrir todo lo que produjera en Ecuador y sobre el Ecuador.

Él me ayudó también a mí para precisar mejor qué se podía o no hacer en la lengua quechua (mantenido como quichua, en Ecuador, por carecer de las consonantes postvelares que llevan a imponer alófonos más abiertos comparables a la e y o del castellano). Con otro ecuatoriano, Alfonso Gortaire, y un peruano, Manuel M. Marzal, ambos ya fallecidos, nos metimos a visitar las comunidades quichuas del contorno de Quito hasta Riobamba y a balbucear siquiera también esas variedades. Mucho me

ayudó en ello la hermana Corona, misionera Laurita, autora de varias obras en ese quichua¹.

Finalmente, retorné a Bolivia en 1958 y, a diferencia de muchos a los que enseguida los enviaban a colegios para hacer lo que llamaban magisterio o “maestrillos”, a mí el superior me encargó una mayor especialización en el quechua.

Previamente, sabiendo ya de este destino, en mi viaje de retorno desde Quito me quedé una temporada en la Biblioteca Nacional del Perú, que acababa de recibir y ya había clasificado como una colección separada, todas las obras quechua y aymara de Paul Rivet. Fue mi primera introducción aún informal a la lingüística quechua, que en ese mismo viaje lento de retorno completé con una estancia en Cuzco, donde me entrevisté con los principales lingüistas y literatos quechuas.

Llegado finalmente a Cochabamba pude todavía dedicar unos meses a perfeccionar mi quechua yendo a vivir al pueblo de Cliza, en el corazón del Valle Alto de Cochabamba, muy cerca de Ucareña donde en 1953 se había firmado el (entonces sólo) decreto de la Reforma Agraria.

Perfeccionando mi quechua en Cliza

El único medio de transporte por la flamante carretera asfaltada eran todavía unos camiones con asientos laterales que se llenaban de cholitas con sus sombreros blancos y altos. Yo era el único que desentonaba en medio de ellas con mi sotana negra. Al pasar junto a la nueva represa de la Angostura, construida con ayuda del gobierno mexicano, para alimentar los canales de riego del Valle Bajo, yo “botaba” mi castellano en la laguna, comprometiéndome a hablar sólo en quechua durante cada permanencia en Cliza. Y lo cumplí a rajatabla.

Cliza es famosa por su chicha y la cantidad de chicherías sobre todo en los domingos que es el día de su feria semanal. Es célebre también por sus picardías. Durante mi estancia allí yo me paraba en la plaza principal y enseguida me veía rodeado de los lustrabotas del lugar y otros curiosos, sorprendidos por lo que sólo aceptaba hablar en quechua. En poco tiempo me enseñaron todas las palabras de doble sentido y cuando me decían alguna yo ya me podía defender con otra. Dormía, junto con el vicario de la parroquia, en los altos de una chichería, y almorzaba en otra, cuando no me invitaban a comer en alguna otra parte. Al atardecer cenaba y me pasaba un buen rato con el párroco, Rafael Bozo Alcocer, un excelente quechuista que me absolvía todas mis dudas. Me dio un encargo excelente que me abrió las puertas de todas las casas: hacer un censo de toda la parroquia, incluidos los ranchos del contorno. A veces llenar una

¹ Hace pocos años, la re-encontré después de muchos años, ya con casi cien años, en un encuentro continental de organizaciones indígenas, paralelo a un Foro Social Latinoamericano. No le dije mi nombre pero después de un rato, me reconoció: “¡Javier!”, y después de otro rato, añadió: “¡Albó!” con gran alegría de ambos.

boleta implicaba quedarme horas en una casa hablando de todo y en muchas de ellas me invitaban también a comer. Por entonces todavía no tenía grabadora y yo sólo podía tomar notas en un block. No faltaron situaciones chistosas como cuando a una señora que estaba preparando chicha le dije: *Señoráy, akakusankichu?* “¿estás defecando?” (en vez de *aqhakusankichu?* “¿estás haciendo chicha?”), lo que provocó una gran risotada...

Resultó que yo fui también uno de los primeros curas que fueron a Ucureña después de bastantes años, porque tras la Reforma no habían quedado muy finas las relaciones entre esa comunidad y la Iglesia de entonces:

- Te puedes quedar aquí, para tener misas.
- Todavía no he acabado mis estudios para poder decir misa
- Bueno, ya te haremos vivir con puro responsos...

Yo he sintetizado esta hermosa experiencia con el siguiente dicho: *Clizapi kimsata yachachiwarqanku: aqhá² ujjayta, qhichwá parlayta, burrú tiñiyta* (En Cliza me enseñaron tres cosas: a beber chicha, a hablar quechua, a teñir burros).

Desde esas idas y venidas me hice también amigo del quichuista, novelista y político marxista Jesús Lara, que años atrás había escrito, además entre otras obras y novelas una primera y en cierta medida aún no superada antología de literatura quechua. El me incluyó después en una de sus novelas como un joven “jesuato” español que hablaba perfectamente el quechua... Años después a él dediqué mi tesis doctoral de Cornell.

El quechua a su alcance

En los dos años siguientes, entre otras actividades, pude elaborar el método de aprendizaje de quechua en dos volúmenes llamados *El quechua a su alcance*, inspirado en los entonces célebres Assimiles para aprender diversas lenguas “sin esfuerzo” e incluso sin clases formales con un profesor. Eran uno de los primeros métodos, que insistía más en la comunicación eficaz que en las grandes explicaciones gramaticales. Incluían también dibujos-caricaturas para resaltar determinadas construcciones clave. Había pasado también todo un año en la hacienda Pairumani de los Patiño³ en Vinto, cerca de Quillacollo. Por ese tiempo ya llegaron a Bolivia las primeras grabadoras portátiles, con las que pude grabar corpus mayores.

² Con acento en vez del sufijo *-ta*, para los objetos directos de los tres verbos. “*Burru tiñi*” es el apodo que se da a los cliceños, aludiendo a su fama de ladrones. Se dice que roban un burro, lo tiñen de otro color, y lo revenden de nuevo a su dueño.

³ Simón, el varón del estaño, y su esposa doña Albina, ambos enterrados en un mausoleo dentro de esa hacienda.

Cuando ya tenía avanzado ese material, inicié simultáneamente en el aprendizaje del aymara, aprovechando un método que ya había elaborado una protestante. Logré grabar sus ejercicios prácticos con apoyo de uno de los primeros locutores aymaras. Pero por entonces ya había llegado el tiempo de estudiar teología en Barcelona, después de nueve años por América Latina. Me llevé todos esos materiales y durante los tres siguientes años cada mañana, después del desayuno, dedicaba media hora a practicar esos ejercicios en aymara, al tiempo que logré pulir también los materiales en quechua, que finalmente fueron publicados por La Alianza para el Progreso en dos volúmenes.

El segundo doctorado en Cornell

Mientras avanzaba en los estudios de teología y preparaba mi tesina sobre los primeros evangelizadores jesuitas del Perú-Bolivia en el siglo XVI, el P. Blajot, superior del teologado y destinado entonces a Bolivia, me propuso hacer estudios especiales, dejándome a mí proponer sobre qué y dónde. Hechas diversas consultas, opté por la antropología social y cultural en Estados Unidos lo que fue aceptado, por lo que a una semana de haber sido ordenado ya me trasladé a ese país, para concluir allí mi teología y previamente mejorar mi conocimiento práctico de inglés. Pasé el resto del verano en eso en una casa de formación de Ohio, donde pasaba horas charlando con los estudiantes y, a la vez, siguiendo el célebre método de Ann Arbor para el aprendizaje conversacional del inglés.

De esta forma pude seguir después en septiembre ya sin grandes problemas las clases de teología en la Bellarmine School of Theology de Chicago que, a diferencia de Barcelona donde eran todavía en latín, ya eran en inglés. Pero, para el examen oral final, fui el único que solicité hacerlo en latín por lo que estuve en ventaja frente a los examinadores gringos que no lo manejaban tan fluidamente. Quizás por eso me pusieron una nota mejor. Ese año dediqué todos los jueves a la Ayer Collection de la Newberry Library, en Chicago, donde estaba la mejor colección de cronistas coloniales en todo Estados Unidos. Está reservada para gente con doctorado y yo conseguí entrar gracias a mi doctorado previo en Quito. Ahí pude refinar y completar mi tesina de España, que finalmente concluí.

En todo aquel año me puse en marcha para solicitar simultáneamente la admisión en diversas universidades y una beca para esos estudios. Conseguí ésta de la OEA y así aterricé finalmente en la universidad de Cornell, que incluía además el quechua como una opción, desde que allí se había liderado un programa de desarrollo en Vicos, Perú.

Pero para ello debí hacer una adaptación a mi propuesta inicial. El sistema gringo para el doctorado incluye un *major* y dos *minors*, y, en la escuela graduada de Cornell, con una gran libertad de decisiones sobre los cursos. Puse la lingüística como mi *major* dado que mi conocimiento del quechua había sido clave para ser aceptado y así pude también, cuando se acabó mi beca, pagarme los estudios como asistente de cátedra. El

doctorado de Quito me facilitó asimismo entrar directamente al programa doctoral obviando la maestría. Mis *minors* fueron antropología social y sociología rural, pero sumando mis cursos tuve más en estos temas que en lingüística y, dentro de ésta, me especialicé también en la flamante disciplina de sociolingüística, en la que hice mi tesis, con un año de campo en Bolivia: *Social constraints in Cochabamba quechua*, publicada tal cual en la serie del Latin American Center de Cornell, y después de una manera adaptada y en castellano en el Instituto de Estudios Peruanos de Lima. En total, con dos años de cursos, un año en Bolivia y otro para escribir la tesis, concluí mi doctorado en algo que, a la hora de la verdad tal vez podría llamarse antropología social y sociolingüística. El corpus general consistía en un centenar de cintas grandes en las diez poblaciones seleccionadas para el estudio, en torno al Valle Alto de Cochabamba. Yo me hacía el chiste de que era el cura que había puesto a más mujeres en cinta... (magnetofónica) y también a todavía más varones.

Sin bajar a mayores detalles técnicos ilustraré con dos datos breves y una anécdota más elaborada algunas de las peripecias de mi trabajo de campo para la tesis.

1) Las bendiciones de casas con una nueva fórmula *ad hoc*, en que participara la gente del hogar, sobre todo los dueños, varón y mujer. Lo que más se me pedía eran bendiciones para las casas y entonces se me ocurrió aprovecharlo para elaborar una fórmula de bendición que, siendo pastoralmente adecuada para la ocasión, incluyera también algunas variables sociolingüísticas sobre todo de tipo fonológico. Como la bendición solía implicar recorrer las diversas dependencias de la casa, me permitía también ir grabando, al pasar de una a otra, datos sociales y económicos sobre la vivienda para correlacionarlos con dichas variables.

2) Inventé también una corta historieta, acompañada de dibujos en que entraban varios pares mínimos con préstamos castellanos de uso corriente en el “quechuañol” de Cochabamba, como loro y luru (= pepa, semilla); misa y mesa y algún otro. Les repetía la historieta y después les pedía que me señalaran en el dibujo cuál era loro y cuál luru, etc. Si confundían uno y otro, para ellos no había contraste fonémico; si de manera sistemática señalaban coherentemente uno o el otro, había esa diferencia.

3) Un craso error mío metodológico me permitió, sin haberlo pretendido, tener un dato muy significativo para mi análisis. Me propuse aprovechar un estudio socioeconómico concluido poco antes en Punata para concordar sus datos con la nueva información sociolingüística de mi tesis. Conseguí la lista, códigos y dirección de sus entrevistados en la ciudad de Punata e intenté localizarles en sus casas. Ese día tuve más rechazos que nunca, porque a la gente le resultaba sospechoso que quisiera entrevistar precisamente a tal o cuál persona.

Entre ellas estaba doña Guadalupe vda. de Padilla, que resultó ser la madre del entonces Ministro del Interior, el general Eufonio Padilla y abuela de unos chicos que, años atrás yo había conocido cuando, siendo novicio, pasaba catecismo en la Iglesia

del Hospital Viedma. Cuando hablé con ella, en puro quechua y grabé la conversación, me enteré de esos detalles que ignoraba. Pero no hubo mayor problema de comunicación. Sin embargo, el día siguiente, mientras yo hacía mis grabaciones en otra parte, me vinieron a buscar corriendo porque en el pueblo de San Benito, donde tenía mi cuartel general con todos los materiales de la investigación, había aparecido nada menos que Abraham Bautista, que era entonces el jefe departamental de la oficina de control político, preguntando por mí. Yo regresé enseguida y supe que había llegado, de parte del Ministro del Interior, para averiguar por qué había buscado a su señora madre en Punata el día anterior. Yo le comenté sobre mi investigación, el muestreo y le pasé copia de mis papeles e instrumentos de trabajo; finalmente don Abraham me pidió la cinta en que estaba la grabación a doña Guadalupe. Se la pasé e ingenuamente le pregunté cuándo podía tenerla de vuelta para seguir con mi trabajo. Me dijo que la semana siguiente, cuando fuera a Cochabamba. Así lo hice pero don Abraham me contestó a gritos que cómo me había atrevido a hacer aquella entrevista. Que la cinta la tenía el Ministro y que, si la quería recobrar, debería hablar con él.

Pasados unos meses viajé a La Paz y, terco yo, fui hasta el Ministerio a pedir una entrevista con el Ministro. Me hizo esperar toda la mañana y al final me recibió. Le reiteré mi explicación sobre el muestreo y demás. Me escuchó y al final me dijo: “Lo que vd. quiere, es mostrar en Estados Unidos o Europa, que la madre del Ministro habla quechua. Le insistí que en aquella cinta, además de la grabación a su madre había otras entrevistas y que no me perjudicara reteniéndolas. Me devolvió la cinta, pero en ella el cuerpo del delito ya había sido borrado. De cara a mi trabajo, esa explicación era mucho más valiosa que todo el contenido de la grabación eliminada.

Cabalmente el hermano del padre Bozo (con quien había mejorado mi quechua en Cliza unos años antes), el mayor de aviación Hugo Bozo Alcocer, era también una alta autoridad dentro del gobierno del general René Barrientos, como jefe del Movimiento Popular Cristiano, fundado por el propio Barrientos; con él nos visitábamos de vez en cuando y teníamos nuestras charlas en quechua, sin ninguna susceptibilidad. Este hecho, para él ya no era ninguna amenaza. Ello me ayudó a refinar uno de los criterios sociolingüísticos sobre la selección de lenguas de los bilingües.

Nace CIPCA (Centro de Investigación y Promoción del Campesinado)

Concluida la tesis en 1971, retorné a Bolivia y junto con otros jesuitas y laicos fundamos CIPCA como la versión boliviana de los Centros de Investigación y Acción Social (o CIAS) que entonces estaba promoviendo la Compañía de Jesús en toda América Latina. En nuestro caso, ya habíamos hecho la opción de trabajar con el campesinado más que con mineros, porque eran muchos más y estaban mucho más subordinados acriticamente a los gobiernos de turno. Nótese también que, siguiendo las corrientes del momento, a este centro le llamamos “del campesinado” sin ninguna

alusión a las identidades étnicas de esos “campesinos”, aunque en sus objetivos sí se daba importancia a sus identidades étnicas.

Ya existía, desde cinco años antes, ACLO (Acción Cultural Loyola), asociada a la Radio Loyola) en la región quechua de Chuquisaca y, por otra parte, teníamos la idea que para incidir mejor en la estructura del país (como se pretendía con los CIAS), era preferible estar en el eje central del país. Aunque había esa preocupación estructural más amplia, había que empezar por algún lugar y pueblo concreto y entonces los aymaras reflejaban además un desafío mayor por la fuerza que para ellos tenía su propia identidad étnica y también por el mayor compromiso de la Iglesia postconciliar, con ese pueblo tanto en Bolivia como en el Perú. La Compañía se unió pronto a este movimiento sobre todo en torno a Tiwanaku y las dos Machaqas.

En la génesis misma de CIPCA no pesaba tanto lo lingüístico como tal sino las organizaciones aymaras y, en el contexto mismo en que estábamos, el debate estaba en si podía salvarse o no el sindicalismo campesino pese a estar ya tan cooptado por el Estado. Concluimos que era mejor apoyarnos en él pese a esas cooptaciones por ser por mucho la organización internamente más aceptada entonces, en buena parte porque tras este nombre nuevo seguía viva la comunidad originaria de siempre.

Estando recién nacidos tuve aun tiempo para traducir y adaptar mi tesis para Bolivia y retomé también mi aprendizaje del aymara que durante esos años en Estados Unidos había quedado congelado. Para esto último me trasladé a vivir esa vez en dos comunidades de la zona lacustre de Achacachi, junto al lago, al pie del imponente nevado Illampu. Pero el hecho de ser a la vez el primer director de CIPCA no me permitía hacerlo con el tiempo y dedicación con que lo había hecho antes en Cliza con el quechua y después con la tesis doctoral. El hecho de saber ya quechua aceleró mucho el proceso pero nunca he llegado a dominar plenamente esta otra lengua.

Los primeros *Cuadernos de Investigación CIPCA* y otros complementarios más populares, muestran el mayor peso que tenían las investigaciones antropológicas pero también lo sociolingüístico, sobre todo, en este caso, por el peso de las radios populares e institucionales, tanto en quechua como aymara. En el caso boliviano, esta fue una puerta de entrada mucho mejor que los profesores rurales y las escuelas, cuya orientación “civilizatoria” era totalmente castellanizante⁴. Nosotros nos aliamos en seguida con la Radio San Gabriel, entonces todavía de los PP. Maryknoll, a la que logramos dar un formato mucho más radiofónico y con alta participación de la audiencia a sus programas de alfabetización y educación popular, aparte de las

⁴ Ver, entre otros los Cuadernos de Investigación CIPCA *Idiomas, escuelas y radios en Bolivia* (con varias reediciones) y *El futuro de los idiomas oprimidos en las Andes* (que acaba de tener una importante reconocimiento y actualización por parte de Bruce Manheim, "The future of the oppressed languages in the Andes of Xavier Albó, revisited" (2015).

frecuentes retransmisiones de fiestas y eventos de las propias comunidades y diversas publicaciones de retroalimentación.

A través de esas radios aymaras más otras en las regiones quechuas (incluidas las de ACLO en el sur del país), la gente ha aumentado el orgullo por su propia lengua, más que por el sistema escolar.

En tiempos de mayor represión en que se intervinieron esas emisoras, un miembro del equipo seguía viajando semanalmente con sus cintas a través de la frontera en Desaguadero, para seguir difundiendo esos programas por otra radio aymara de Puno que llegaba bien a través del lago Titicaca. La gente llegaba a la oficina temerosa de que esa radio nos estuviera “robando” los programas.

Fueron en nuestro caso importantes las radionovelas el aymara que, a partir de una directiva general del guionista, pasaban por un largo proceso de reelaboración por parte del equipo aymara de grabación y difusión. Este formato de radionovelas, permitía también decir en lenguaje figurado verdades que no se podían decir en de manera directa, como en la célebre novela de Orwell sobre la rebelión de los animales de la granja. Entre esas radionovelas se hicieron particularmente célebres: *Pankar marka* (pueblo de las flores), *Julián Apaza* (= Tupaj⁵ Katari) y, en un formato algo distinto, los *Cuentos del Achachila*. Los participantes los entendían muy bien: “El león es Bánzer y sus perros son los militares...”. También en la nueva oficina de Cochabamba (desde 1976), fue clave el programa quechua *Llaqta qhapariy*, en radio San Rafael, como el portavoz de las organizaciones sindicales campesinas. La existencia de esas ya poderosas radios para los aymaras del altiplano y lo quechuas de Cochabamba, desaconsejó que CIPCA desarrollara sus propias emisoras, como hizo ACLO en el sur del país, lo cual tuvo también su costo, cuando los Padres Maryknoll dejaron San Gabriel y la nueva dirección no vio con tan buenos ojos la fuerte presencia de CIPCA.

Los censos 1976 a 2001

En 1976 el Gobierno decidió realizar el III Censo Nacional, después del I (1900), y el II (1950) ambos previos a la Revolución Nacional de 1952. Se constituyó una comisión nacional para elaborar la boleta, en la que yo también participé y desde entonces mi

⁵ Ese nombre *Tupaj*, central para abordar toda la temática katarista en Bolivia y de los Amaru en el Perú, tiene su propia ironía ortográfica no del todo resuelta. El nombre es de origen quechua como el agentivo del verbo *tupa-* ‘encontrarse con’, se escribe con –q (que, por su posición final de sílaba, se pronuncia como un fricativa postvelar], a igual que las –c, tan usadas al castellanizarlo en la época colonial. Pero, al aymarizarlo, se debería hacer con –x, puesto que en esa lengua no hay tales fricativas como simple alófono, o con -j. La escritura del nombre propio de los principales líderes históricos anti coloniales, está así en el ojo de la tormenta.

sociolingüística ha tenido un importante cauce de aplicación a la realidad local. Veámoslo en su contexto más global.

1er Censo 1900

Enumeró para toda Bolivia 1,5 millones de habitantes pero calculó una población total de 1,8 millones, distinguió entre indígenas (50,9%), mestizos (26,87%), blancos (12,7%), negros (0,2%) y el resto no especificó. Se incluyó un número estimado de 91.000 “indígenas no sometidos al dominio de las leyes de la República” en las tierras bajas, para los que da un listado de 76 nombres étnicos. Nada sobre lenguas. En su ensayo interpretativo añadió:

“Esta raza está herida de muerte... En breve tiempo, atendiéndonos a las leyes progresivas de la estadística, tendremos a la raza indígena, si no borrada por completo del escenario de la vida, al menos reducida a la mínima expresión” (p. 31-32).

2º Censo 1950

Debió pasar medio siglo para tener un segundo censo, parecido al anterior, que arrojó 3 millones, que en nuestro simplificó en dos categorías genéricas, eliminando ya entonces la demasiado ambigua categoría intermedia de mestizos: un 63% fue indígena y un 37% no indígena. Según un supervisor de aquel censo, en las instrucciones para los empadronadores, se les recomendaba que para marcar que alguien era indígena, no se le preguntara directamente sino se dedujera de su indumentaria y apariencia, incluido el color y rasgos físicos. Se reforzaba así implícitamente la imagen arriba mencionada de que, en una situación discriminante, son más bien los otros los que tildan a alguien de “indio”.

Este censo introdujo también la temática de la lengua pero sin abrir la posibilidad de que los bilingües marcaran dos lenguas; debían optar sólo por su idioma “principal”: 36,5% escogió el quechua, 24,5% el aymara, un 2,5% otros autóctonos no especificados y un 35,9% el castellano u otros idiomas extranjeros (incluido un 21% de Pando que dijo hablar portugués).

El 9 de abril de 1952 ocurrió la *Revolución Nacional* que, en los años siguientes, fue cambiando todo el esquema y la terminología nacional. Para que ya no hubiera indios ni indígenas se desterraron estos nombres; ya que todos eran simplemente “mestizos” y los indios pasaban a ser *campesinos*, incluso se seguía llamando así a muchos de los que emigraban a las ciudades. Pero pasó otro cuarto de siglo para que este nuevo se recogiera en un nuevo censo, en cuya boleta yo también participé:

3er Censo 1976

Incluyó sólo dos preguntas, ambas sobre lenguas:

1 “¿Qué idiomas bolivianos sabe hablar?”, preguntado a todos

2 “Idioma que se habla más frecuentemente en su familia”, preguntado sólo al jefe de familia y con sólo una opción de respuesta, con los siguientes resultados:

	<i>Castellano</i>	<i>Quechua</i>	<i>Aymara</i>	<i>Otro boliv</i>
1 “¿Qué idiomas bolivianos sabe hablar?”	77,3%	38,4%	27,9%	1,1%
2 Idioma más frecuente en la familia	54,1%	25,7%	19,3%	0,9%

La Preg. 1 generó el análisis sociolingüístico *Lengua y sociedad en Bolivia, 1976* (Albó 1978).

4º Censo 1992 Sólo repitió la Pregunta 1 con dos innovaciones y una limitación.

Las innovaciones: se especificó la lengua **guaraní**, y la categoría genérica “lengua extranjera”. La limitación: sólo se aplicó a la población de 6 y más años.

En 1994 se aprobó la Reforma Educativa, incluyendo la Educación Intercultural Bilingüe [EIB], y se lamentó haber omitido a la población de 0 a 5 años. Esta Reforma facilitó un 2º estudio sociolingüístico más exhaustivo Albó 1995, pasado en el censo 1992: *Bolivia plurilingüe. Guía para planificadores y educadores* (2 vols, y un paquete de mapas sociolingüísticos).

El mismo 1994 se realizó el **I Censo (sólo rural) de los pueblos indígenas minoritarios de Tierras Bajas** en tres volúmenes, que pese a ciertas limitaciones, sigue siendo un referente clave hasta hoy. Sus principales innovaciones fueron que se realizó con alta participación de los pueblos involucrados y de sus organizaciones, que incluyó, por primera vez, la auto-identificación de la gente además del idioma, y que añadió importantes datos complementarios no cuantificada sobre la flora, fauna y otras condiciones ambientales y sociales de las comunidades censadas. Sus limitaciones, ligadas también a las del presupuesto, fueron haberse reducido al sector rural, dejando fuera notables contingentes en centros urbanos, y no haber añadido suficiente información para poder ponderar el peso de esta población indígena en cada pueblo y comunidad.

Entre tanto, estaba retornando la perspectiva étnica en la esfera pública. He aquí los principales hitos: (1) desde fines de los **1960's**, el *Movimiento aymara katarista*, expandido después a otras regiones sobre todo quechuas andinas. (2) En **1989**, el nuevo Convenio 169 OIT ratificado por Bolivia en **1991**, poco después de la I Marcha Indígena (oriental) “por el territorio y la dignidad” de 1990, que significó la entrada de los pueblos minoritarios de las tierras bajas en la agenda pública. (3) En **1992** las celebraciones de los *500 años* del “descubrimiento” de América, se vivió una eclosión general de todos esos pueblos que, acabaron por tomar la batuta del evento pero con su propio lema: “500 años de resistencia”. (4) En **1993-97**, el neoliberal Goni Sánchez de Lozada escogió como Vicepresidente a un aymara, Víctor Hugo Cárdenas; era lo más alto a que, hasta entonces llegaba el “indio permitido”. Ello implicó otras varias reformas muy relevantes hasta ahora, siquiera como precursoras de lo que vendrá después. En **1994** una *reforma parcial de la CPE* introdujo la “Bolivia pluricultural” en el art. 1, y, en el art. 171, se incluyeron varios elementos clave del Convenio 169 de la OIT y un primer embrión de pluralismo Jurídico; ese mismo año la *Reforma Educativa*, incluyó la EIB (Educación Intercultural Bilingüe), como uno de sus pivotes y la Ley de Participación Popular (léase “municipalización”), fortaleció ese nivel local, con notables recursos y competencias antes reservadas a los departamentos. Y, en **1996**, la Ley INRA aceptó las “tierras comunitarias de origen” (TCO, hoy “territorios indígenas”) como otra forma colectiva de propiedad. Todo ello facilitaron evoluciones ulteriores en el largo proceso inconcluso de construir un Estado y Sociedad realmente plurinacional e intercultural.

A la luz de todos estos cambios y ensayos el INE pudo dedicar mucho más esfuerzo y reflexión para seleccionar, ampliar y precisar las correspondientes preguntas del Censo Nacional **2001**, que en este punto ha resultado pionero en América Latina.

Censo 2001 Dos preguntas lingüísticas y una de auto-pertenencia étnica.

Es hasta ahora el mejor que se ha hecho en Bolivia y el que –en nuestra temática- y, pese a sus limitaciones, ha permitido los estudios más detallados a nivel latinoamericano.

En la figura 1 adjunta se reproducen las preguntas 32, 35 (sobre lenguas) y 49 (sobre autopertenencia) de este censo, correspondientes a nuestra temática.

AQUÍ LA FIGURA 1

Todo ese paquete ha permitido hacer análisis y mapas mucho más sofisticados que en los censos anteriores (y que en otros países), los cuales que dieron lugar a la publicación de Molina y Albó (coord. 2006) *Gama étnica y lingüística de la población boliviana 2001* (La Paz: Sistema de Naciones Unidas), que incluye también un CD

proactivo que permite la generación de cualquier cuadro y mapa, a partir del llamado Sistema de Información Geográfica Étnico Lingüística (SIGEL).

Sin entrar aquí a mucho detalle, una innovación central fue la generación de la escala CEL que combina las respuestas-clave a las tres preguntas censales creando una nueva categoría compuesta que hemos llamado la “condición étnico lingüística” (CEL), que presentamos en la matriz adjunta. Por las diferencias de edad a las que se aplicó cada pregunta censal, sólo es posible utilizarla plenamente con la población de 15 años o más, a los que se preguntó también la auto-pertenencia a determinado pueblo nación. Las inferencias para los menores de 15 años no muy confiables, pues asumen que se mantiene la misma del jefe de su hogar. De ahí reproduzco (ver PPoint del Anexo)

La otra principal innovación es la posibilidad de generar cualquier mapa (entonces aún algo limitado por no tener plenamente desarrolladas las geo-referencias- SIGEL- Con él y los datos del mismo Censo 2001 se ha volcado realizado ya el voluminoso *Atlas de idiomas y pertenencia a pueblos indígenas y originarios de Bolivia* (Molina y Albó, diciembre 2012; ver una muestra en el Anexo. En las Geo-referencias de todo el país, ahora estamos mucho más avanzados, pero ya sin datos actualizados del SIGEL.

Desde 2006, Evo, el Estado Plurinacional y el censo 2012

Me paso directamente al Censo 2012, con sus logros y bemoles⁶.

Esa ronda de los Censos 2010 parece tener algo de *qhencha*: En Chile y Perú quisieron pasarse al esquema de llevarlo adelante con menos gente pero mejor preparada, durante un tiempo más largo. Pero no funcionó: en la práctica generó demasiada subnumeración y en ambos países esos censos han debido ser desechados.

En Bolivia tal vez debería haberse hecho lo mismo, pero aquí el problema fue más político. Se decidió hacerlo “o sí o sí” en 2012 para que no se cruzara con las elecciones aunque no estaba listo todo el pre-censo. Era una razón política sólida según aquel dicho de que “lo mejor es enemigo de lo bueno”, pero tuvo su costo. Hubo problemas técnicos y hubo que improvisar demasiado personal poco preparado de última hora. El responsable del INE, no consideraba posible hacer el operativo en las fechas señaladas, y lo destituyeron.

El grupo “La ruta del censo” había hecho diversas sugerencias, algunas bastante sensatas, para averiguar si tenían doble residencia, una situación bastante

⁶ Sobre su meteórico ascenso cf, Evo Morales con periodista Iván Canelas: “*Mi vida de Orinoca al Palacio Quemado*”, Ojalá salga un 2º vol. con Evo ya Presidente y relecto para 3ª y quizás 4ª gestión: “Otra cosa es con guitarra”.

generalizada, pero fueron desestimadas entre otras razones, por esas prisas. La más fácil y sensata era preguntar en qué municipio tenía su lugar regular de trabajo.

¿Qué pasó después con el censo, a la hora de la verdad?

Muchos dijeron que estuvo mal, improvisado, que no se había realizado la tradicional encuesta de validación que suele hacerse después de cada censo, etc., etc. La más bochornosa precipitación del Ejecutivo fue que, con el fin de calmar los ánimos de algunos lugares como Santa Cruz, lanzó como resultados globales lo que era sólo una estimación muy preliminar a veces muy al “ojímetro” y que después tuvo que desmentir. La diferencia entre aquellas primeras cifras y la versión final arrojaba trescientos mil y tantos habitantes menos que la primera estimación. Pero obviamente la equivocada, en medio de la mediocridad general de todo el proceso censal, habían sido aquellas primera cifra. Sin embargo al final la propia CEPAL salió en apoyo del propio Gobierno. Envió una comisión de alto nivel para valorar lo ocurrido, encontró suficiente coherencia interna en los datos y sugirió caminos de mejora hacia el futuro, sin descartar alguna nueva enumeración (no un censo completo) intermedia. Algo que hasta ahora no se ha hecho.

De hecho quien había asumido llevar adelante el censo en aquella fecha acelerada renunció y le sustituyó como director del INE uno de los que tiene mejor trayectoria. Había dirigido ya el Censo 2001 y enseguida le ha tocado orientar el nuevo censo agropecuario que, al parecer, va mejor encaminado. Muchos resultados finales del Censo siguen, en cambio, sin procesarse en su totalidad. Se han priorizado determinadas preguntas y, en nuestra temática, la única variable que ya está parcialmente disponible en el sistema es la de la primera lengua en la niñez. Paralelamente en todo el INE se ha sistematizado otra información de manera que esté ya disponible y geo-referenciada en cada municipio para su utilización rutinaria.

Me fijaré, para terminar, sólo en algo que inicialmente causó mucha sorpresa, a saber el bajón demográfico del número de IOC (indígena originario campesinos, para usar una de las frases más repetidas en la nueva CPE, finalmente aprobada a principios de 2009). La Asamblea Constituyente instaurada en agosto 2006 tuvo una extracción popular notablemente distinta de todas las precedentes. Los 255 constituyentes fueron todos nombrados por votación directa, en su mayoría a través de circunscripciones geográficas que en ese caso no eran uni- sino tri-nominales, de modo que la lista más votada se quedaba con dos (necesariamente mujer y varón o viceversa) y el tercero/a era de la siguiente lista. Como resultado nunca había habido una Asamblea de extracción tan popular y sin preponderancia de los clásicos y doctorados juristas⁷. Ello incidió también en los ritmos, estilo y vocabulario de los

⁷ Para seguir con nuestro tema, en una encuesta realizada con los assembleístas, les aplicamos también la escala CEL con los siguientes resultados de mayor a menor etnicidad: SSS (niveles 7+6) 30,2% en la

debates y del texto final. Un ejemplo preclaro fue el complejo término “naciones y pueblos indígena originario campesinos”, para satisfacer a todos en la denominación de los “indígenas”. Prevalcían ese tipo de concertaciones en vez de la búsqueda de neologismos abstractos. Pero eso mismo tendrá su efecto boomerang en nuestra temática.

Una de las primeras sorpresas del nuevo Censo fue que el total de personas autoidentificadas como pertenecientes a alguna “nación y pueblo indígena originario campesino” había bajado del 62 al 41 por ciento, lo contrario a lo que podía suponerse con la política y retórica étnica del nuevo gobierno. La gente y los medios empezaron a hacer sus propias cábalas de por qué había ocurrido tal cosa. Se elucubraba, por ejemplo, que una vez en el poder, el Gobierno ya no tenía el mismo interés por esta problemática étnica o que se recuperaba la hegemonía “mestiza”. Yo mismo quedé sorprendido por el inesperado bajón hasta que, al mirar el tema de cerca, pude constatar lo que a veces dicen quienes estudian estadística: “dime cómo preguntas y te diré cuántos somos”. He aquí los datos más pertinentes:

La primera lámina muestra la ubicación, dentro de la boleta censal 2012, de las tres preguntas relevantes de un corte muy parecido al del censo 2001: pregunta 29, autopertenencia; 30, primera lengua en niñez; y 31. todas las lenguas habladas y en orden de importancia. Ponerlas juntas parecía una mejora y además, en este censo ya se preguntaba a todas las edades y cabía respuesta libre.

El orden de las preguntas lingüísticas 30 y 31 tuvo un efecto inesperado, quizás por la insuficiente capacitación de los empadronadores: un sector significativo, sobre todo en las tierras bajas más monolingües en castellano, ya no se preocuparon por preguntar ni responder la siguiente pregunta 31, para decir lo mismo.

Pero donde se armó mayor desconcierto fue en la pregunta 29, sobre la autopertenencia, por varios motivos sobrepuestos, que se hacen más patentes al compararla con la equivalente del censo anterior (ver la segunda lámina). Para empezar, en 2012 se puso inicialmente una pregunta filtro, de modo que se preguntaba el detalle sólo a los que se animaban responder SI a la complejísima pregunta *“Como boliviana o boliviano, ¿pertenece a alguna nación o pueblo indígena originario campesino o afroboliviano?”* Y, si respondía “Si”, recién se le preguntaba *“¿A cuál?”* teniendo a la vista una larga lista alfabética que, por suerte, no debía recitarse a cada entrevistado. Si respondía “No pertenece” o “No soy boliviana o boliviano”, se pasaba sin más a la siguiente pregunta (sobre su primera lengua en la niñez).

Asamblea Constituyente vs 36,2% en el Censo 2001; SSN (nivel 5) 10,2 vs 12,0; SNN (nivel 4) 6,3 vs 13,9; NSN (nivel 1) 10,2 vs 6,4 (incluyendo 3,8 del nivel NSS no presente en la Constituyente) y NNN (34,1 vs 29,6).

En cambio en 2001 no había tal filtro inicial y la pregunta era mucho más simple: “¿Se considera perteneciente a alguno de los siguientes pueblos originarios o indígenas?” seguido de 7 opciones, incluyendo la última “Ninguno”, para las que bastaba hacer una marca (salvo en la 6 en que seguía un línea para decir cuál; aunque una buena parte dejó de llenarlo, sobre todo en las ciudades).

La compleja formulación de 2012 era políticamente impecable para quienes estaban al tanto de los debates y conclusiones de la Asamblea Constituyente; se rescataba incluso la explicitación de género (una reivindicación incluida en toda la CPE) y a la minoría afro boliviana. Pero el común de los censados esas eran complicaciones que seguramente ignoraban y lo más cómodo era zafarse respondiendo NO.

Como la cereza de la torta, pocos meses antes del censo del mismo año 2012 el proyecto inter-universitario e inter-institucional LAPOP (Latin American Public Opinion Project) había realizado una nueva ronda de sus sondeos bienales de opinión pública y democracia en la mayoría de los países latinoamericanos, con un sofisticado muestreo. El pasado octubre –casi simultáneo al censo– se publicaron los resultados de la ronda 2012 de ese Proyecto, que agrupa a un conjunto de instituciones y universidades del continente.

En el caso de Bolivia, en las primeras rondas, el LAPOP sólo preguntaba, de manera genérica, si el entrevistado era blanco, mestizo/cholo, indígena/originario, negro o mulato. Pero desde 2004 se incluye también una pregunta de autopertenencia formulada igual que la del censo 2001. Así lo ha hecho también en esa ronda 2012, que entre marzo y abril encuestó a una muestra cuidadosamente diseñada para todo el país, con un margen de error de +-1,8% a nivel nacional y una confiabilidad del 95%. Gracias a ello, contamos con los resultados para un mismo año tanto con la pregunta idéntica a la del censo 2001 como con la nueva formulación del censo 2012. Los resultados, referidos ambos al año 2012 y a gente de casi el mismo rango de edades, son significativamente distintos, como sintetiza el siguiente cuadro:

	Quech	Aym	OtrIndíg	Totl Indg	No Indg
Formato 2001 (18+ años)	38,4%	23,5%	10,0%	71,8%	28,2%
Formato 2012 (15+ años) ⁸	18,5%	17,4%	4,7%	40,6%	59,4%

Sobran comentarios. Hay que tomar además en cuenta que, entre los “otros indígenas” del formato 2012 figuran varios grupos de habla quechua y aymara, como enseguida paso a comentar.

Las aproximadamente 120 respuestas distintas que se han dado a la pregunta de autopertenencia en 2012 han sido categorizadas en cuatro grupos:

⁸ Aunque la pregunta se hizo a toda la población, en los primeras publicaciones del Censo 2012 sólo se calculó para los de 15 y más años, seguramente para facilitar la comparación con el Censo 2001.

A, los aymaras y quechuas, que son por mucho lo principales, salvo varios de ellos que, hablando esas lenguas, prefirieron identificarse por algún nombre más local y pasan así a los grupos B o C.

B, otros que figuraban ya en las listas elaboradas tras el censo 2001, más los afro bolivianos y algún otro menor. Los urus aparecen desdoblados en cuatro etnias; se menciona a los bésiro, que en realidad es la lengua de los pocos chiquitanos que no la han perdido.

C. Otros nuevos, que por lo general son nombres de ayllus u otras organizaciones quechuas y aymaras, más unos pocos de tierras bajas. El más numeroso de todos ellos es la Nación Chicha (Potosí, de habla quechua) con casi 60.000. Aparecen también aquí varios nombres genéricos como “qollas” (unos 10.000, con mayoría urbana), “indígenas” (32.000, con pequeña mayoría rural) “originarios” (unos 20.000, de los que 4/5 son rurales) y “campesinos” (124.000 de los que casi 2/3 son rurales).

D. “Otro tipo de declaraciones”, en que sobresalen los “mestizos” (380.000 con gran mayoría urbana), seguidos de lejos por los “menonitas” (un grupo religioso que habla bajo alemán y tiene con su propio sistema autónomo, unos 16.000 casi todos rurales, sin saber cuántos más se clasificaron simplemente como “extranjeros”).

Por todo ello, mientras no se concierte cómo reclasificar todos esos grupos, no parece aún oportuno hacer sofisticados análisis con esa pregunta.

Con relación a las dos preguntas lingüísticas hasta ahora sólo he conseguido datos relevantes para nuestra temática sobre la pregunta 30 (idioma en que aprendió en la niñez, pero sin desglose de los idiomas minoritarios). En síntesis, en el área rural actual los que aprendieron a hablar ya en castellano son el 40%, mientras que en el área urbana son el 80%. Se confirma una vez más algo ya bien sabido: nuestras ciudades siguen siendo matadoras de lenguas originarias. En cuanto a los idiomas hablados (párr. 31), ya mencioné el efecto inesperado que produjo el haber puesto esta pregunta inmediatamente después de la pregunta sobre el primer idioma en la niñez. Por otra parte, el único análisis hasta ahora ha sido para definir cuántos monolingües y bilingües hay en el país. Pero al no diferenciar si los monolingües lo son en castellano o en lengua indígena, poco nos sirve este dato para un análisis sociolingüístico.

ANEXOS

Figuras 1 a 8 PPoint